



Un mal jueves de Domingo

Desde que hace casi dos meses se anunció una nueva presentación en Santiago de Plácido Domingo comenzó a cundir un ambiente de dudas, acaso enrarecido, en torno a lo que podía ser esa actuación. Si tanto el día como el lugar elegido no entusiasaban, el alto precio de las entradas era muy poco amistoso. Poco o nada se informaba del programa por interpretarse y tampoco se identificaba la orquesta de apoyo; sólo estaba el gancho de la participación de la retirada soprano chilena Verónica Villarroel, acompañante del cantante en algunas anteriores venidas.

Con el pasar de los días fueron surgiendo los anuncios de las actuaciones agregadas de un Domingo Jr., Emilia Dides (Miss Chile) y el cantante popular Andrés de León. Muy raro ensamble. Sorpresivamente se cambió el lugar del evento — del Parque Padre Hurtado al Espacio Riesco —, surgió una orquesta “sinfónica” porteña y se subió al carro la televisión.

El contacto de los organizadores con la prensa y la crítica fue la nada misma. O definitivamente, la nada. Valga consignar que ante esa situación que este activo columnista (viejo en su oficio) no fue contactado ni invitado, por lo que las siguientes líneas hacen referencia a la transmisión televisada,



Una imagen de archivo del español.

entregada en diferido. Por fortuna no fue en directo, ya que es de público conocimiento que el comienzo del evento del jueves 13 fue caótico, con muchas incomodidades para los asistentes y un retraso monstruoso. Pura intranquilidad.

A la medianoche del sábado 15 partió la reducción televisiva a poco más de una hora de lo que tiene que haber sido de mayor envergadura. Pero fue suficiente la poca duración, ya que la calidad artística que pudo percibirse fue del nivel más bajo imaginable. El canal transmisor parece haber tenido que sacarse un peso de encima con esa difusión, fría como un témpano. No le puso nada de color.

Hace ya mucho tiempo que Plácido Domingo (84), está cayendo por el despeñadero, primero queriendo ser el barítono que no es y, en años más recientes, desplegando un canto que no sólo carece de algún atributo vocal por destacar, sino que, proyectando nostalgia, induce necesariamente a la audiencia a recordar su gloriosa época dorada. Nada de lo que se le escuchó el sábado merece archivar ni menos atesorarse. ¿Necesita este otrora artístazo de la ópera mundial alargar forzosamente su carrera con este tipo de presentaciones que no hacen sino dejarlo mal parado? Domingo debiera tener presente

que siempre serán preferibles los últimos aplausos a los primeros abucheos,

La TV dejó ver que para Verónica Villarroel, alejada de la ópera hace muchos años, las cosas se dieron con demasiadas deficiencias de emisión, afinación y coordinación con la orquesta, que más vale no detallar. De esa gran soprano que se lució por dos décadas en el Metropolitan Opera House hoy sólo queda el más grato de los recuerdos.

Tal como sucedió en 2018, el aporte de la venida de Domingo Jr. fue nulo. A Emilia Dides se la apreció más como una despampanante Miss Chile que como una buena cantante, cuya entonación tan grave fue casi inaudible. Andrés de León, de estilo demasiado meloso, puso un aporte fresco y juvenil que se agradece. El director (a veces anunciador) Eugene Kohn hizo su trabajo y punto.

En resumen, esta nueva venida tan poco operática de Plácido Domingo no tuvo trascendencia. Además, la TV nunca lo mostró ni cordial ni canchero, como era su costumbre; muy por el contrario, él y sus acompañantes siempre se vieron envueltos en un halo de rigidez, inseguridad y timidez que acentuó la frialdad de la transmisión. Fue un espectáculo para el olvido.